

P. JULIO PASCUAL

EL invicto mártir de Cristo P. Julio Pascual, nació en la ciudad de Bresa, del señorío de Venecia.

Sus padres fueron muy honrados y abastecidos de bienes temporales; pero más ricos de cristiandad y muy devotos de nuestra religion de la Compañía de Jesus, pues, sin embargo de las leyes de aquella República, enviaron á su hijo á Parma y despues á Mantua, para que estudiase en las escuelas de la Compañía, en las que aprovechó tanto en virtud y letras, que era un ejemplo señalado de modestia, quietud, recogimiento, devocion y honestidad á la juventud.

Acabados sus estudios de Artes, pretendió entrar en la Compañía, y con el testimonio de la grande virtud que le calificaba, fué recibido en ella el año de mil y seiscientos y once.

En el noviciado, y año de seminario, y estudio de Humanidad, echaron tan hondas raíces las virtudes que brotaron de su juvenil edad, que el Provincial, por lo mucho que conoció en el H. Julio de virtud sólida, le encargó leyese Gramática en la ciudad de Faenza. Ejercitó este ministerio con tanta edificacion y aprobacion de los Padres del colegio, y con tanto aprovechamiento en virtud y letras de los discípulos, que le cobraron una singular aficion los de aquella ciudad, en tres años que la santa obediencia le ocupó en este ministerio.

Al fin de ellos llegó á Roma el P. Procurador de la provincia mejicana, Nicolás de Arnaya, á pedir á nuestro P. General señalase algunos sujetos que fuesen á ayudar á sus hermanos en las misiones y conversiones de indios de la Nueva España, donde cada día se iban dilatando, y ofrecian nuevas empresas evangélicas.

El H. Julio habia tenido impulsos y vocacion del cielo para pasar á Indias y emplearse todo y toda su vida en sus misiones, y, si fuera menester, derramar su sangre en la demanda de predicar la fe de Cristo á las gentilidades descubiertas, aunque principalmente le llevaba su inclinacion á las de las Indias orientales y del Japon.

Dió cuenta, como se usa en nuestra Compañía, á nuestro P. General de estos deseos que nuestro Señor le comunicaba; y como Dios, con su alta providencia, gobierna las cosas á sus altos fines, dispuso que la noticia que tuvo nuestro P. General de los deseos del H. Julio, sirviese para señalarle mision

y puesto donde le tenia Dios preparada la corona y remate glorioso de su vida. Señalóle, pues, nuestro Padre, para que pasase con los demas que habian de ir á la Nueva España, orden que aceptó el obedientísimo Hermano con singular fervor y consuelo, y como venida del cielo.

Partióse de Italia para España en compañía de otros dos Padres que venian á la misma empresa, y en su viaje hasta Sevilla fué de singular alivio, consuelo, edificacion y aún admiracion á sus compañeros, como ellos mismos lo testificaron.

Partieron de España, y llegando al colegio de Méjico, estudió tres años que le faltaban de Teología, donde sin aflojar un punto de su religioso fervor, creciendo así en las virtudes como en el aprovechamiento de las letras, acabados sus estudios, se ordenó de Sacerdote.

Señalóle luego la santa obediencia para el empleo, si no glorioso á los ojos y estimacion de los hombres, pero muy precioso á los de Dios, á que con tan vivos deseos habia anhelado desde Italia.

Por buena suerte le cupo á la provincia de Cinaloa este grande y diligente ministro Evangélico. Y se debe advertir aquí el señalado favor que la divina Providencia hizo á esta provincia y sus misiones en haber escogido para su labor y enseñanza insignes varones apostólicos, y muy en particular al P. Julio, porque todas las viñas y majuelos de estas nuevas cristiandades, gozaron del riesgo, trabajo y labor de tan solícito y caritativo operario. Y parece fué orden del cielo, que por ese tiempo, con ocasion de enfermedades que padecian sus ministros, supliese por ellos en sus partidos y ayudase en las misiones de zuaques, teguecos, cinaloas é hiaquis, ántes que se le señalase propia doctrina.

Se empleó en esas naciones con ferviente é infatigable caridad por tiempo de dos años, los cuales pasados, los Superiores le encargaron la mision y conversion de naciones que le habian de costar la vida.

Campearon y lucieron en este apostólico varon todas las virtudes, y más las que pedia su profesion. Y comenzando por la humildad, que es fundamento de toda santidad, fué tan solícito en edificar su perfeccion sobre esta virtud, y la hizo tan propia suya, aunque ella es tan opuesta á la inclinacion de la naturaleza humana, codiciosa siempre de estimacion y excelencia; que esa hambre insaciable la rindió con actos contrarios de humillacion, de suerte, que aborrecia lo que tocaba á su propia estimacion y honra, teniendo á todos por Superiores.

Entrañósele tanto el amor á esta virtud santa de la humildad, que ya le era como natural, mostrándola en sus palabras y acciones, no sólo con mayores é iguales, sino tambien con los inferiores y con los mismos indios. En los ca-

minos se habia de encargar el humildísimo Padre de ensillar las cabalgaduras de los compañeros, y cuidar de todos los oficios más humildes que se podian ofrecer, con tanta instancia, que no le podian vencer ni ir á la mano. En los pasos peligrosos de rios y caminos, él iba siempre delante de sus hermanos, porque si sucediese algun trabajo, cayese sobre él, previniéndolo á todos ellos, escogiendo la peor cabalgadura para sí.

Caminaba para Méjico con los demas compañeros desde el puerto de Veracruz, y sucedió á un Hermano nuestro, que junto á un rio de muchos caimanes y monte espeso de la Veracruz vieja, se le huyese la mula en que venia, y el caritativo Hermano salió luego corriendo tras la cabalgadura del compañero: entrósele en el monte, y anduvo toda aquella tarde y noche en su busca. Al amanecer llegó á la posada con ella, donde los demas Padres estaban con grande afliccion pensando que el buen Hermano era perdido ó muerto; y cuando le vieron y oyeron, coligieron que Dios habia obrado milagro con él en pasar aquel rio y librarle de tal peligro; y que la noche, no hallando camino por donde salir, la habia pasado en oracion, gozando de visitas celestiales, que comunica á los humildes, como lo era en excelente grado el P. Julio.

En una ocasion le cogió descuidado otro Padre amigo suyo, estando sentado á su mesa y embebido en un papel que tenia delante, y le servia como memorial de sus devociones, en que estaban escritas aquellas palabras de Isaías: *¿Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperum, et tremulentum sermones meos?* Esa era su continua y gustosa meditacion. Los resplandores de talentos naturales, los dones sobrenaturales y actos de excelentes virtudes, encubria con singular cuidado cuanto le era posible.

Nunca se le vió porfiar ó llevar su parecer adelante, si no le obligaba la honra de Dios ó el bien de los prójimos. Sus porfias eran para ejercitar actos de humillacion, empleando sus palabras y eficacia en ponderar y encarecer, no sus talentos y dones, sino sus faltas. Cuando estudiaba en el colegio de Méjico, él habia de ser el obligado ó, por mejor decir, él se obligaba á todos los oficios humildes que se ofreciesen.

A la humildad acompañó la oracion y trato con Dios; este levantó el ánimo del P. Julio á un tal alto grado de esta celestial virtud y tan permanente, que parece vivia de ella y con ella. Todo el tiempo que gastaba, era el que le concedia la ayuda de los prójimos y cumplimiento de sus obligaciones: porque demás de la hora de oracion de la mañana, usada en la Compañía, en que ántes de ella le hallaban, era muy puntual en exámenes y leccion espiritual, aunque fuese por caminos desiertos y despoblados.

Las Horas Canónicas lo ordinario las rezaba de rodillas y con singular

atencion en la iglesia, ó retirado y cerrado en su aposento cuando estaba en su partido.

Cuando se hallaba donde habia concurso de Sacerdotes, habia de oir primero todas sus Misas, y ya preparado con esa larga oracion y meditacion, la decia despues de los demas muy despacio y con grande devocion; á la cual se seguia muy largo espacio, en que retirado daba gracias; y lo restante del dia, fuera de las ocupaciones precisas de ayuda de los prójimos, recogido en su casita, se ocupaba en oracion, meditacion y leccion de libros santos, los cuales leia con tal atencion, que los que lo conocian y vivieron algun tiempo con él, á su leccion llamaban oracion y meditacion. A las Ave Marias se volvia á su retiro y recogimiento, donde su empleo eran horas enteras de oracion; y algunas veces á la media noche le hallaron en ella.

Los favores y regalos del cielo que en este santo ejercicio recibia, aunque el humildísimo Padre los procuraba encubrir; pero el ímpetu y fuerza del espíritu que en su pecho ardía, no daba lugar todas veces á disimularlos: porque fué oido no pocas veces, estando retirado, que para desahogar el ardor de su espíritu, prorrumpla en sollozos, otras en cánticos y alabanzas divinas.

De los relieves de este dulce trato, le quedaban muchas reliquias para los caminos, y para cuando se ocupaba en el trato con los prójimos, introduciendo, sin ser pesado ni molesto, ántes con agrado, el tratar y hablar de Dios. Decia un Padre, que lo comunicó mucho, que el P. Julio gozaba de la bienaventuranza de esta vida, que consiste en la continua memoria de Dios, union y gozo de vivir en su amor y presencia.

A este ejercicio y vida santa de la oracion, como á su fuente, debemos reducir y atribuir otras singulares y fervorosas devociones de este muy religioso Padre.

La del Santísimo Sacramento fué ferviente en él, y ese fervor le movió á pedir licencia á los Superiores, para que, cuando estaba en el pueblo de los chinipas, que era muy seguro y quieto, se la diesen para tener este soberano Sacramento en su oratorio interior, que curiosamente habia aderezado dentro de su casa, y puesto decente y adornado con colgadura de seda, que habia comprado con su limosna; y de su asistencia en él hablaban con admiracion y edificacion los soldados que algunas veces habia tenido de escolta.

Concedieronle esta licencia los Superiores, conociendo el afecto santo con que la pedia, y la decencia con que tendria al Señor en su compañía. Con ella en este puesto gastaba gran parte de la noche y ratos del dia: y cuando no le era posible por razon de sus caminos gozar de esa continua presencia, pero en ellos nunca perdia el celebrar el sacrosanto sacrificio de la Misa, to-

dos los días, llevando siempre el ornamento necesario para no privarse del celestial manjar.

En la solemnidad de este divino misterio y su día, procesion y fiesta se esmeraba, en particular los Jueves Santos y oficios de la Semana Santa. Año hubo, que por estar la gente del pueblo, con ocasion de una grande hambre, esparcida por los montes, buscando comida y sustento, no pudo concurrir á esta solemnidad. Pero ya que no le fué posible al devoto Padre celebrarla con la frecuencia de pueblo que ella pedia; para satisfacer á su devocion, colocó el Santísimo Sacramento en la sacristía, y ese día y noche se estuvo con él, asistiendo por todo su rebaño.

A la devocion de este divino misterio pertenece tambien el cuidado que puso en edificar, adornar y componer su casa, templo y altar; él mismo le adornaba con ramilletes y otras varias curiosidades. Y se decia del P. Julio, que de solas cosas de iglesia y su ornato se hallaba en él codicia.

De aquí le nacia la estrechura que consigo guardaba en gastar de la limosna que da el Rey para el sustento de los Ministros misioneros, por emplear cuanto le era posible cada año en cosas pertenecientes al culto divino, instrumentos músicos y cantores, con que tuvo sus iglesias con particular aseo y ornato.

En edificar las iglesias fué grande su diligencia, trabajo y cuidado, en particular la de Chinipa, que le costó muy grande trabajo, por la dificultad que habia en bajar y sacar la madera de entre peñascos y montes, de todo lo cual él cuidaba. Salióle la iglesia muy lucida, capaz y cubierta de hermosísimo techo, obras todas, que entre aquellos desiertos y entre gentes tan ignorantes de estas obras y edificios, cuestan grandes sudores; pero por ser muy importantes, no habia dificultad que acobardase la fervorosa devocion del P. Julio Pascual.

Con la del Santísimo Sacramento del Altar anda muy junta en los hijos de la Iglesia Católica, la de la soberana Reina de los Angeles; y ésta junta de santísimas devociones se halló en el muy religioso Padre.

Con la Virgen eran los filiales regalos, pláticas y celestial comunicacion. En el fervor de esta angelical devocion no se podia contener en sí, ántes re-
dundaba, encendia y afervorizaba á los otros. Porque en sus feligreses cristianos, particularmente en sus fieles chinipas, la introdujo de suerte, que en lugar de las galas de caracolillos y conchas, que en su gentilidad traian al cuello, ya traian todos el Rosario de la Virgen, que rezaban á coros en la iglesia, en sus casas, caminos, milpas y sementeras.

Con tantas devociones, y trato familiar con Dios, y uncion del Espíritu Santo, que en él se le comunicaba, se perfeccionaron y acrisolaron las virtu-

des de este señalado Religioso; y en aquellas que son más propias de la profesion religiosa, se esmeró con señaladas ventajas, atendiendo con singularísimo cuidado á su perfeccion.

Su obediencia á los Superiores fué siempre pronta, alegre, humilde, rendida, y esta en todas materias, bajas, humildes, dificultosas, árduas y aún expuestas á riesgo de la vida. Una sola vez, que obligado de razones que se le ofrecian, propuso con la sumision é indiferencia que le permitia su regla, su diferente parecer á lo que disponia la obediencia: esta accion, como desusada de su perfecto rendimiento de voluntad y entendimiento, que tanto profesa la Compañía, fué espina que le lastimó tanto, que no acababa de pedir perdon de ella por carta de los Superiores. Y aunque en el caso no habia excedido los límites de obediencia, con todo las sombras de haber faltado á ella le afligian; porque su deseo era el de los perfectos obedientes, de no mostrar inclinacion á una parte ni otra, sino como enseña nuestro Padre S. Ignacio á sus hijos en sus reglas, procuraba ser como un cuerpo muerto, que se deja llevar donde quiera y tratar como quiera.

Esta perfecta resignacion se conservaba y crecia en el ánimo del P. Julio, por considerar en sus Superiores la persona de Cristo que representan, y á todos los obedecia y amaba como á tales, y hasta á los que tenia por compañeros en las misiones.

A los que por oficio lo eran, les habia de dar cuenta con singular cuidado, conforme á la regla de la Compañía, de las cosas de su alma y de todas las del partido. Esto en presencia, cuando se veia con ellos, ó por escrito cuando estaban ausentes, deseando gozar de su direccion, como si la recibiera del mismo Cristo. Y, finalmente, se puede decir de la obediencia de este insigne varon, que fué perfecta, admirable y heróica en su ejecucion.

La pobreza religiosa, á quien tanto se habia desnudado de su propia voluntad, que es la que más dominio tiene en el hombre, no le fué dificultoso el guardarla y amarla como á madre. Su consuelo era ejercitar esta santa virtud en el vestido, que rara vez lo quiso estrenar; porque el pobre y viejo era el que deseaba y buscaba para sí: y cuando tenia necesidad de remiendos, él se los echaba, y con lo peor de la casa estaba muy contento. Aunque era pobre la comida de las misiones, él la empobrecia más con su cuidado de no tener ni pedir cosa de alivio ni comodidad.

Cosas curiosas y de valor, aunque fuesen de devocion, jamas las tuvo. Cuando estudiaba en el colegio de Méjico, se le notó que por mucho tiempo usó de una sola pluma, sin querer admitir más; tan delicado como esto andaba en la observancia de la pobreza religiosa. Y no nacia esto de estrechura de ánimo del P. Julio; porque en dar cuanto tenia era liberalísimo, ó por me-

por decir, no tenía cosa suya, ni perdonaba á nada de lo que le daban, por no faltar á la caridad con los prójimos. Y cuando recibía lo que le ofrecían, por menudo que fuese, había de ser registrado por los Superiores.

La virtud celestial de la castidad resplandeció en este siervo de Dios con singulares esmaltes, y la declararé brevemente, diciendo, que un Padre que en la Compañía le trató mucho y le confesó muchos años, afirmó que no dudaba que había muerto vírgen, sin hallar en él en esta materia culpa leve venial conocida. Y juntamente que en su semblante, trato y palabras, era el P. Julio un espejo de pureza, y en el hombre exterior se traslucía la del alma. De suerte, que resplandecía en su rostro, conversacion y trato tal claridad de pureza y devocion, que la pegaba á los que le trataban y miraban, y todos le tenían por santo; que el resplandor de esta celestial virtud es tan admirable y fragante, que siempre despide de sí olores de cielo.

En el bien de las almas y encaminarlas á la bienaventuranza, se aventajó grandemente este apostólico varon, empresa de que tenía hecho especial voto, cuando ya estaba en las misiones é hizo su profesion de cuatro votos solemnes de la Compañía.

En la ejecucion de este ministerio no fueron ménos heróicas é ilustres sus acciones y virtudes que las demás religiosas que se han dicho. Y de este su ardiente celo es buen testimonio lo que escribió un Padre que le tuvo por compañero de mision algun tiempo, el cual decia de él, que no sabia cómo explicar su santo y ferviente celo del bien de las almas, sino con afirmar que fué tan continuo y constante, que tuvo por cierto que jamas se le ofreció ocasion ni medio con que pudiese ayudarlas, que no lo pusiese en ejecucion, y que todos sus pensamientos empleaba en buscar trazas cómo ganarlas para Dios.

Luego que llegó á su partido hizo su asiento en el pueblo de los chinipas, en los cuales su ardiente celo tuvo dichoso logro, porque fundó en ellos una florida cristiandad, de suerte, que en tiempo de un año parecían cristianos antiguos, cosa que en otras naciones no se consigue todas veces. Pero aquí concurrió, demás del blando natural de los chinipas, el fervoroso celo del ministro que Dios les había enviado.

Asentada la cristiandad de este pueblo, se dispuso el P. Julio con grande ánimo á la dificultosa empresa de la conquista espiritual de las otras naciones fieras y de horribles condiciones, que Dios le había puesto delante, para que no le acobardaran los trabajos inmensos de caminos ásperos y peligrosos, soledad y destierro. Y con mucha razon se puede llamar destierro el que padeció el tiempo que estuvo entre estas naciones bárbaras y en partido muy distante de los demás, como el gran doctor de la Iglesia S. Crisóstomo, es-

cribiendo al Papa Inocencio, al destierro que padeció entre las gentes del Ponto, por ser fieras é intratables, le llamó soledad indecible.

En estas soledades redujo el desterrado por Cristo P. Julio á las naciones fieras de guazaparis, ihios y varohios y temoris, á dos grandes poblaciones en puesto acomodado, sacándolos de sus ásperos montes; introdujo en ellas género de policia humana, amansó á muchos, y con afecto los sujetó al suave yugo de Cristo. Y aunque no fueron pocos los que faltaron á la fe, arrojando de sí este suave yugo, tambien no fué muy corto el número de los que perseveraron y se redujeron á él, sin los muchos niños é infantes que, habiendo recibido de este santo varon el bautismo, subieron al cielo.

Los sermones ó pláticas de la doctrina en el pueblo que visitaba, por los dias que le cabian, eran continuas: en las confesiones, principalmente en tiempo de Cuaresma, cuando es tanto el número, infatigable y que era menester ponerle algun término y freno para que no acabara con la salud y la vida. Pues ya cuando se llegaba el enseñar á los niños y viejos, era de singular edificacion la humildad y apacibilidad con que los doctrinaba y acariciaba, haciéndose ya niño con los niños, ya caduco con los viejos; porque ni le cansaban sus rudezas, ni se enfadaba con sus importunidades: y el día que había gastado en esto, al anochecer entraba en su casa muy consolado, buscando algun regalo ó comidilla que dar á sus discípulos é hijos en Cristo, para que fuesen consolados en el alma y en el cuerpo.

Con los enfermos aún resplandecía más su caridad; no se contentaba con administrarles los Santos Sacramentos, en que era diligentísimo, sino que á eso añadía el visitarlos á menudo, consolándolos ó hablándoles de las cosas del cielo, de Cristo nuestro Señor y de su Santísima Madre, particularmente en el trance de la muerte, á que les asistía cuando estaba en el pueblo, cosa que no sólo servía de consuelo á los enfermos; pero cuando estos morían quedaban con el mismo los parientes que los perdían, por las prendas que les declaraba de que gozaban de la gloria; plática que era nueva para aquellas gentes.

El deseo que tenía de ayudar á las almas en aquel peligroso trance por todos los medios que le eran posibles, inventó otro á ese intento. Este fué, cuando alguno estaba en la última hora de que pende la eterna felicidad, ordenar en sus pueblos que se diese una señal con la campana, para que todos, puestos de rodillas, le encomendasen á nuestro Señor, á que añadía el Padre penitencias y oraciones por ellos.

Puso tambien particular cuidado, para que á prima noche se tocase á las ánimas, y que todos rezasen por ellas en sus casas, y esto mismo introdujo en el fuerte de Montesclaros, donde estaba el presidio de soldados, y que se

encargase de tocar el que estaba de posta ó centinela: de que quedó tanta memoria, que los soldados llamaban á la campana que tocaban, la del santo P. Julio Pascual.

Pero volviendo á su caridad para con los enfermos, la que con estos usaba fué tal, que á algunos les valió para cobrar la salud milagrosamente. Y casos se notaron muy singulares, en que los que fueron testigos juzgaron que Dios habia, por las oraciones del P. Julio, dado salud milagrosamente á algunos enfermos desahuciados. Y aunque se pudieran referir otros, sólo escogeré uno, que lo escribió un soldado llamado Cristóbal Martínez de Hurdai-de, sobrino del capitán del presidio, con estas mismas palabras, y despues lo afirmó con juramento: «Alégrome que se me ofrezca ocasion de hacer relacion de un caso que me pasó con el P. Julio Pascual, de apostólica vida, y de un milagro que yo juzgo que lo fué, y conmigo usó Dios por este bendito Padre ántes que muriera, que bien sabe Dios obrarlos por sus siervos.

»Madrugando una mañana para ir en compañía de otros soldados á un viaje que nos encomendaba mi señor el capitán, me dió un mal aire, con que de repente se me torció la boca hasta cerca del oído, la ceja quedó con notable fealdad, el uno de los ojos cubierto y dentro de la cuenca. Quitéme la montera, y los soldados mis compañeros comenzaron á dar risadas, diciéndome que hacia feísimos y fierísimos visajes. Probé á escupir y eché la saliva al carrillo. Quedéme en el fuerte solo una noche, y á las diez horas de ella, estando en mi cama afligidísimo, más por la fealdad con que estaba, que por mis pecados; imaginaba y en mi mente decia, que si yo viera al P. Julio Pascual, que era un santo, al punto me sanaria; y ántes que en la idea acabase estas razones, oí ruido de cabalgaduras y avisáronme que el que venia era el P. Julio Pascual. Extrañélo, porque el día siguiente no era de fiesta, en que los Padres suelen ir á decir Misa al fuerte, cuando hay soldados en él. Púseme en pié, y arrebozado fuí á recibirlo y él me recibió con las mismas palabras que yo en mi fantasía estaba diciendo:—Señor Cristóbal, me dijo, si yo fuera santo, Vm. fuera sano.—Mis pecados, respondí yo, me han puesto así, Padre mio. Aquí el Padre.—Hínquese de rodillas.—Hícelo, y el Padre haciendo una cruz me dijo un Evangelio, y con esto dentro de cuatro días quedé sano y sin lesion alguna.» Hasta aquí el soldado.

Conociendo algunos la santidad del Padre, le escribian sólo con intento de tener alguna firma suya para alivio de sus males.

La caridad con que acudió este siervo de Dios al remedio de este soldado, guardaba con los de la escolta, que algunas veces, por necesidad y forzado de la obediencia, hubo de tener en su compañía. Porque como su partido estaba tan distante del presidio, y por otra parte las naciones que tenia á su

cargo eran de suyo tan belicosas y fieras, era necesario en ocasiones y por algun tiempo, darle escolta de cuatro ó seis soldados, y á estos ayudaba con particular caridad y amor, así en lo espiritual de sus almas como en lo temporal de su sustento, gastando con ellos cuanto tenia. Y era tan universal esta caridad, que se extendia á los vecinos de la villa, cuando en ella se hallaba, y á todos los indios de los otros partidos y naciones; aunque este santo celo, como de ministro propio, resplandeció en este insigne varón más, y fué más continuo para con sus indios, para los cuales fué siempre padre y madre en lo espiritual y temporal, y en esto gastaba todo cuanto de la limosna del rey le enviaban de Méjico. Y cuando tal vez sucedia pedirle alguna cosa de que carecia, habia de buscar otras que dar en su lugar, porque no le sufría su caritativo corazón que nadie se apartase de su presencia sin consuelo.

En años estériles y tiempos de hambre, se prevenia de sustento para sus indios, comprándolo con la ropa que le enviaban de Méjico en los puestos donde lo habia, para tener que dar á sus feligreses al tiempo de la necesidad, porque pudiesen asistir á sus pueblos é iglesias, y no anduviesen desparraigados por los montes buscando el sustento: y, en acabando de comer, les repartia racion de maíz por su mano. Ocasiones hubo, que pasaban de trescientas personas las que llevaban este socorro, fuera de niños y niñas, á los cuales á parte regalaba y hacia comer delante de sí, y aún á los chiquitos les ponía la comida en la boca, que hasta esto llegaba la caridad de madre que usaba para que tomasen amor á la doctrina que les enseñaba.

Quien con este cuidado acudia á lo temporal de sus feligreses, bien se deja entender el que pondria en lo que tocaba á lo espiritual y eterno de sus almas. Fué tal el tesón de su cuidado y celo en esta materia, que en ménos de un año formó y asentó la grande cristiandad de los chinipas, que otro que el fervor de este santo misionero no lo pudiera conseguir; y mucho consiguió aún con las fieras naciones de guazaparis, temoris y varohios, en los cuales sino alcanzó el fruto tan universal como en los demás, pero consiguió el de su corona y martirio. Habiéndole costado el domesticar y doctrinar estas naciones, demás de su vida, indecibles trabajos de caminos asperísimos que desde Chinipa á estas naciones tantas veces pasó, de quebradas, montes, peñascos y pasos peligrosos: los soldados que le habian acompañado afirmaron, que era imposible ó milagro pasarlos tantas veces sin despenarse él y la cabalgadura en que iba.

En esta parte se cuentan casos milagrosos, trastornándose la mula y quedando él debajo de ella, y otras veces con las manos levantadas al cielo, de donde le venia el socorro. A esto se añadía un río caudaloso, que muchas veces habia de pasar. Un Padre misionero que una vez le acompañó, conta-